



## CAPITULO XVIII

### Castillos en el aire

Ni el oro ni la grandeza bastan para librarnos de cuidados: la satisfacción que el señor Dórrit experimentaba al pensar que no se había visto obligado á decir su nombre á Clennam y Compañía, ni hacer tampoco alusión alguna á sus relaciones anteriores con un intruso del mismo apellido, no tardó en desaparecer, siguiéndose una lucha interior que preocupó mucho al anciano. Tratábase de saber si á la vuelta pasaría ó no por delante de la prisión de la Mariscalía para dirigir una última mirada á la verja que tantas veces contempló en otro tiempo. Al fin resolvió no hacerlo, y sorprendió no poco al auriga por el tono brusco con que le prohibió ir por el puente de Londres, como lo había indicado, para tomar después el de Waterloo, itinerario que hubiera conducido al ex-decano muy cerca de su antiguo domicilio. A pesar de todo, la lucha interior que hubo de sostener en esta ocasión le puso de

muy mal humor, y al día siguiente, aun en la mesa del señor Merdle, hallábase tan fuera de sí, que continuó revolviendo en su espíritu aquella cuestión, ya sin objeto, con una perseverancia singularmente impropia del sitio donde estaba. El señor Dórrit se sonrojaba al pensar en la opinión que el pomposo mayordomo formaría de él si este ilustre personaje sondeara el pensamiento de su convidado con su mirada fija.

El banquete de despedida fué espléndido y coronó dignamente la visita del señor Dórrit. Fanny agregó á los encantos de su juventud y su belleza tanto aplomo como si hubiera estado casada hacía veinte años; y el padre comprendió que podría permitir á la señora Sparkler viajar sin guía en el camino del gran mundo, pensando al mismo tiempo que Amy, con sus modestas cualidades, distaba mucho de parecerse á su hermana mayor.

—Hija mía—dijo á Fanny al despedirse,—la familia cuenta contigo... ¡hem!... para mantener íntegra su dignidad y su posición; estoy seguro de que no defraudarás nuestras esperanzas.

—No, papá; creo que hace usted bien en contar conmigo. Un abrazo á nuestra querida Amy en mi nombre, y dígame que pronto le escribiré.

—¿Y no tienes nada que decir á... ¡hem!... otra persona?—preguntó el señor Dórrit con tono insinuante.

—Papá—contestó Fanny, ante quien se irguió de repente la imagen de la señora General,—á nadie más tengo que decir nada; gracias por la atención; si hubiera de encargarle otro mensaje, tal vez no le agradaría á usted.

La despedida tuvo lugar en un salón exterior, donde el señor Sparkler esperaba sumiso el momento de estrechar la mano de su suegro. El señor Merdle, á pesar de las protestas del anciano, empeñóse en acompañarle hasta la puerta, comandando así las delicadas atenciones que le había dispensado desde su estancia en la ciudad. El señor Dórrit subió al coche, rebotando de orgullo, y muy satisfecho de que el correo fuese testigo de aquellos honores.

Cuando llegó á su hotel, media docena de lacayos se precipitaron á la puerta para recibirle, y ya cruzaba la antecámara con sereno y majestuoso continente, cuando un espectáculo inesperado le paralizó mudo de estupor... Juan Chivery, engalanado con su mejor traje de fiesta, con su gran sombrero debajo del brazo, su bastón de pico de marfil y un paquete

de cigarros en la mano, parecía esperar allí para salirle al encuentro.

—Vamos, joven—dijo el portero del hotel,—aquí tiene usted á la persona por quien pregunta... Este joven—añadió el conserje, dirigiendo la palabra al señor Dórrit,—ha querido esperar á usted á toda costa, diciendo que se alegraría mucho de verle.

El anciano, á punto de reventar de cólera, dirigió al joven una mirada furibunda, y díjole después con acento benévolo:

—¡Hola, Juan!... Sí, es el joven Juan; creo que no me engaño.

—No, señor; soy efectivamente Juan.

—Este buen muchacho puede subir—dijo el señor Dórrit dirigiéndose á los criados;—sí, sí, que suba. Sígame usted, Juan; ¡arriba hablaremos!

El joven siguió, sonriendo de satisfacción; un momento después entraron en la habitación del señor Dórrit, se encendieron las bujías y retiráronse los criados.

—Señor mío—exclamó entonces el anciano, volviéndose de pronto y cogiendo al pobre Juan por el cuello,—¿me dirá usted qué significa esto?

La sorpresa y el espanto del infeliz visitante, que esperaba un abrazo, fueron tales, que el señor Dórrit retiró su mano al punto, contentándose con dirigir al culpable una mirada de cólera.

—¿Cómo se atreve usted á venir aquí?—preguntó.—¿Cómo tiene usted la audacia de presentarse á mí? ¿Cómo osa usted insultarme de este modo?

—¡Yo insultar á usted!—exclamó Juan.—¡Oh!

—Sí, señor; esto es insultarme; su presencia en mi casa es una afrenta, una insolencia, una audacia sin nombre. Nadie le necesita á usted aquí. ¿Quién le ha enviado á mi hotel? ¿Qué diablos quiere usted?

—Yo había creído—contestó el pobre Juan, pálido y descompuesto,—que no rehusaría usted aceptar un paquete de...

—¡Vaya usted con mil diablos y con sus paquetes!—interrumpió el señor Dórrit cada vez más furioso.—Yo... ¡hem!... no fumo ya.

—Pido á usted mil perdones, caballero... pero como en otro tiempo fumaba usted...

—Repita usted esas palabras—gritó el señor Dórrit ciego de cólera,—y cojo las tenazas para enseñarle á usted á hablarme de otro modo.

Juan Chivery retrocedió hacia la puerta.  
—¡Espere usted—exclamó el anciano,—espere usted! Siéntese un momento... ¡malos diablos le lleven!... Siéntese usted le digo.

El joven Juan se dejó caer en la silla más próxima á la puerta y el señor Dórrit comenzó á pasearse de un lado á otro de la habitación, con paso rápido al principio y lentamente después; luego acercóse á la ventana, apoyó la frente contra un vidrio, y volviéndose de pronto preguntó:

—¿Qué otro objeto le trae á usted aquí?

—Ninguno más, caballero, se lo aseguro á usted; sólo quería saber cómo estaba y preguntarle si la señorita Amy sigue bien.

—¿Le importa á usted algo, señor mío?

—No, señor; ya sé que no me importa, y crea que estoy muy lejos de olvidar la distancia que nos separa; sé que me he tomado una gran libertad, pero no podía suponer ni remotamente que usted se incomodaría por esto. Le aseguro, caballero, que aún tengo bastante amor propio con ser quien soy para no haber arriesgado semejante visita si hubiese podido prever que se me iba á recibir así.

El señor Dórrit, avergonzado de sí mismo, volvió á la ventana y apoyó de nuevo la frente contra el vidrio; cuando se volvió, tenía en la mano el pañuelo, con el cual acababa de secarse los ojos; parecía estar cansado, y conocíase que sufría en aquel momento.

—Juanito—dijo,—siento mucho haber obrado con tanta ligereza, pero hay recuerdos... ¡hem!... ¡que no son nada agradables!... y... ¡hem!... no hubiera usted debido venir.

—Bien lo veo ahora, señor; pero no había pensado en ello... Dios sabe que no he tenido ninguna mala intención.

—Ya lo sé, ya lo sé; estoy seguro de ello. ¡Ah! déme usted la mano, Juan.

El joven obedeció, pero ya no de buena gana; habíase excitado su resentimiento; y las tardías satisfacciones del señor Dórrit no bastaron para desvanecer la palidez de su semblante.

—Vamos—dijo el anciano estrechándole la diestra lentamente;—siéntese usted otra vez, Juanito.

—Gracias, caballero—contestó el joven,—prefiero permanecer en pie.

El señor Dórrit se sentó, y después de tener un momento el rostro oculto entre las manos, dijo á su visitante, haciendo un esfuerzo para que su voz fuese tranquila:

—¿Y cómo sigue el padre, Juanito? ¿Cómo... están todos?  
—Bastante bien; gracias, caballero; no tienen motivo de queja.

—¡Hem! ya veo que no ha renunciado usted á su pequeño comercio, Juan—añadió el señor Dórrit fijando una mirada en el paquete insolente, contra el cual había lanzado tan enérgico anatema.

—No del todo caballero, pero también... (Juan vaciló un poco,) ejerzo las funciones de mi padre.

—¡Ah! ¿de veras?... ¿Y está usted algunas veces de... hem...?

—¿De guardia? Sí, señor.

—¿Hay mucho trabajo, Juan?

—Sí, señor; no va mal por ahora. No sé cómo es, pero en general tenemos siempre mucha gente.

—¿En esta época del año, Juanito?

—En todas las estaciones, señor. A mí me parece que la época no tiene mucho que ver con esto... Usted lo pasó bien, caballero.

—Espere usted un instante, Juan... ¡ah!... espere usted un instante... ¡hem!... Déjeme los cigarros, Juan, yo... ¡ah!... se lo ruego.

—Con mucho gusto, caballero—contestó Juan poniéndolos sobre la mesa con mano temblorosa.

—Espere usted un momento, Juan, un momento más... Sería para mí una satisfacción enviar con un mensajero tan digno de confianza... ¡hem!... un donativo para repartir entre los... ¡hem!... entre *ellos*, ya me entiende usted, según sus necesidades. Creo que no rehusará encargarse de esta comisión, Juan.

—Muy por el contrario, caballero; entre *ellos* hay muchos que tienen gran necesidad de socorro.

—Gracias, Juan: yo... ¡hem!... voy á darle una carta-orden. La mano le temblaba de tal modo, que el anciano necesitó mucho tiempo para trazar cuatro líneas apenas inteligibles, ordenando á su banquero que entregase al portador cien libras esterlinas. El señor Dórrit dobló el papel y entregóselo al joven, estrechándole la mano afectuosamente.

—Espero que usted—dijo,—olvidará... ¡hem!... lo que acaba de pasar. ¿No es así, Juan?

—No hablemos más de ello, caballero, no vale la pena. Yo no soy rencoroso... se lo aseguro á usted.

Más á pesar de sus palabras, las facciones del joven no habían recobrado su expresión y color naturales.

—Y espero también, Juan—añadió el señor Dórrit,—que esta entrevista... ¡hem!... será puramente confidencial, y que al salir de aquí se abstendrá de decir á nadie una sola palabra que pudiera... ¡hem!... hacer suponer... que... ¡hem!... que en otro tiempo yo...

—¡Oh! le ruego á usted, caballero—contestó Juan Chivery,—que no me crea tan poco digno y orgulloso en lo que soy para suponerme capaz de semejante cosa.

El señor Dórrit no tuvo suficiente dignidad para no escuchar á la puerta, á fin de asegurarse de que Juan salía sin hablar con la gente de la casa; y así pudo tener la certeza de que el joven se alejaba del hotel con paso rápido, sin haberse detenido un momento. El señor Dórrit permaneció solo una hora poco más ó menos, y después llamó á su correo, que le halló sentado junto á la chimenea.

—Puede usted tomar ese paquete de cigarros para fumar en el camino si quiere—dijo el anciano con cierto ademán de indiferencia;—me los ha traído... ¡hem!... es un ligero recuerdo de un... ¡hem!... quiero decir del hijo de uno de mis antiguos arrendatarios.

El sol del día siguiente iluminó la silla de posta del señor Dórrit, que corría por el camino de Douvres, donde en todas las posadas, desde la salida de Londres, parece que la principal ocupación consistía en saquear sin miramiento á los viajeros. El señor Dórrit pudo tener una prueba de ello en Dartford, Gravesend, Rochester, Sitingbourne y Canterbuy, donde se le saqueó, robó y desolló; pero como el correo era el encargado de sacar á su señor de manos de aquellos bandidos, él fué quien impuso el mejor rescate.

Al día siguiente, nuestro viajero se hallaba en Calais, y como le separaba de Juan Chivery el canal de la Mancha, tranquilizóse del todo, pareciéndole que el aire del continente era mucho menos pesado que el de Inglaterra.

En el camino de Calais á París, el anciano, que había recobrado completamente su buen humor, sólo se ocupó en hacer castillos en el aire, demoliéndolos á cada momento para levantar otros; su preocupación era tan manifiesta, que hasta los pobres que en todas las paradas se detenían delante de la silla de posta lo notaban al punto; y seguramente que su compatriota Le Brun hubiera elegido como tipo al viajero inglés para el asunto de un tratado de fisonomía especial.

Llegado á París donde descansó tres días, el señor Dórrit paseó mucho por las calles de la gran ciudad, deteniéndose en contemplar los almacenes, y sobre todo las platerías, hasta que por último entró en la de más renombre y dijo que deseaba comprar algo para hacer un regalito á una señora.

La persona á quien dirigió estas palabras, una joven pequeñita, pero graciosa y vestida con el mayor gusto, separóse de un pupitre en miniatura, donde arreglaba unos diminutos libros, que más bien parecían propios para llevar una cuenta de besos por partida doble que no para inscribir artículos comerciales, y adelantándose hacia el comprador, preguntóle:

—¿Qué clase de regalo desearía usted, caballero? ¿Es cosa de amor?

El señor Dórrit no pudo menos de sonreír y repuso:

—¡Bah! tal vez, ¿quién sabe? ¡El sexo es tan encantador! ¿Tendrá usted la bondad de enseñarme algunos objetos?

—Con mucho gusto; pero dispéñeme usted; para comenzar me atreveré á recordarle que hay una gran diferencia entre los regalos de amor y los nupciales. Así, por ejemplo, estos pendientes y este precioso collar, que forman juego, constituyen lo que se llama un regalo de amor; mientras que estos broches, con las sortijas que le acompañan, todo de un gusto tan puro y delicado, componen un presente de boda.

—Tal vez—contestó el señor Dórrit,—no sería mal cálculo comprar una cosa y otra; se comenzaría por el amor para concluir con el himeneo.

—¡Dios mío!—exclamó la mujercita cruzando las puntas de sus pequeños dedos,—¡esto sí que sería una generosidad, una galantería del mejor tono! ¿Cómo quiere usted que la dama á quien se hiciese este rico presente pudiera resistir?

El señor Dórrit no estaba muy seguro de esto; pero como la vendedora no abrigaba la menor duda, el anciano compró el regalo de amor y el regalo nupcial, que le costaron una suma bastante regular. Después volvió á su hotel; nunca había llevado la cabeza tan alta; y era evidente que su castillo en el aire se elevaba por lo pronto á más altura que las torres de Nuestra Señora.

El señor Dórrit emprendió la marcha hacia Marsella, siempre edificando mentalmente desde la mañana á la noche, y á veces despertábase sobresaltado y continuaba el trabajo interrumpido. El correo, por su parte, sentado en la trasera de la berlina, fumaba los mejores cigarros de Juanito, dejando es-

capar á intervalos de su boca azuladas espirales... tal vez hacía también sus castillos en el aire con algunas de las monedas extraviadas del señor Dórrit.

Ninguna de las ciudades fortificadas por donde los viajeros cruzaron poseía una fortaleza tan sólida ni una catedral tan alta como el castillo del señor Dórrit; las corrientes del Ródano y del Saona no avanzaban con tanta rapidez como este incomparable edificio; el lecho del Mediterráneo era menos profundo que los sólidos cimientos del castillo Dórrit; los paisajes lejanos en el camino de la Cornisa y las colinas y el golfo de Génova la Soberbia, no tenían un aspecto tan magnífico. El señor Dórrit y su castillo sin igual desembarcaron entre las sucias casas y los presidiarios, más sucios aun, de Civita-Vechia, para tomar después el camino de Roma, saliendo como pudieron de la basura que obstruía el paso.



## CAPITULO XIX

## El castillo en el aire se derrumba

Hacia al menos cuatro horas que el sol se había puesto, y pocos viajeros hubieran querido hal'arse tan tarde fuera de los muros de Roma; pero la berlina del señor Dórrit, terminando su última y enojosa etapa, despertaba aun los ecos de la *campagna* solitaria. Los pastores salvajes y los campesinos feroces, cuya presencia había variado la monotonía del camino mientras brillaba el sol, habían desaparecido con el astro rey, dejando el espacio libre. En el horizonte divisábase á intervalos, desde algún recodo del camino, un pálido fulgor rojizo, semejante á una exhalación de aquella tierra sembrada de restos ruinosos, por el cual era fácil reconocer que aún estaba lejos la ciudad de las siete colinas. El coche no tardó en desaparecer de nuevo en una hondonada de aquel mar negruzco y resecaado, y durante largo tiempo ya no se vió más que la vía petrificada y el cielo sombrío.

Aunque el señor Dórrit se distrajera con sus castillos en el aire, no estaba tranquilo al cruzar aquel desierto: el lacayo, que ocupaba el asiento inútil del cochero, temblaba y veía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO